

## La materia signa al producto. El mundo visto por un cantero visto por Adolf Loos

Quien está en un oficio no tiene fantasía. Loos refiere la anécdota de aquel maestro talabartero, avergonzado de no tener tanta capacidad inventiva como los arquitectos, artistas y profesores de la Sezession. Cuando éstos, para ayudarlo paternalmente, le proporcionaron en una sola tarde docenas de proyectos bien dibujados de sillas de montar modernas, al maestro se le aclaró la mirada, respiró tranquilo y lo entendió todo: si él supiera tan poco de cuero, caballos y monta como ellos, él también tendría fantasía, vaya si la tendría.

La imagen aparece repetida muchas veces a lo largo de los escritos de Loos.

Una de las que más me gustan es la que corresponde al maestro cantero, en un artículo de la serie de 1898, Der Mobel aus dem Jahre 1898. Por ella, Loos se adelanta en dos décadas a la formulación radical de Víctor Dklovskij, allí donde el técnico de literatura soviético defiende la no traducibilidad de los géneros artísticos entre sí, la especificidad de cada arte, en función de los materiales, los procedimientos de disposición y montaje del material y la sensorialidad perceptiva propios de cada género artístico –y defiende, por tanto, la independencia de la obra de arte respecto a cualquier contenido previo y ajeno al propio material de la obra.

El maestro cantero esta petrificado –dice Loos-, ve y siente el mundo a través de unos ojos y unos sentidos filtrados desde la piedra, es incapaz de fantasear al margen de lo que en la piedra hay y de lo que la piedra puede dar de sí. Tanto, que el maestro pintor puede burlarse de él, por ser incapaz de reproducir las figuras de animales y plantas tal como son –es decir tal como el pintor la ve-. El cantero, viéndolas desde la piedra, las formatea hasta allí donde la piedra puede. Las piernas de una gacela son gruesas –en piedra: claro, si no, se romperían.

Piénsese. El hombre ha trabajado desde los catorce años, doce horas diarias, en el gremio. No es maravilla que vea el mundo diferente al pintor. Cuando toda una parte de su vida se pasa trabajando solo la piedra, se empieza a pensar pétreamente. El hombre tiene un ojo pétreo, que convierte a las cosas en piedra. Al hombre se le ha vuelto una mano de piedra. Bajo su mirada, bajo su mano, la hoja de acanto y la de parra tienen otra apariencia que bajo la mirada del platero. Pues este lo ve todo en metal.